



28 January 2023

**EUROPEAN
DATA
PROTECTION
SUPERVISOR**

The EU's independent data
protection authority

“Por encima del rey está la ley”

El Mundo.es

Leonardo Cervera Navas
EDPS Director

Cuentan que el rey Felipe II quería contratar a un joven licenciado para su secretaría y pidió un informe sobre su conducta privada, cosas del estilo de si iba a misa regularmente o si se le había visto en malas compañías. El rector de la Universidad de Salamanca se negó a proporcionar dicha información y cuando el monarca le recordó su deber de obediencia al rey, aquel le respondió que por encima del rey estaba la ley y que una ley natural le impedía violentar la intimidad de aquel joven licenciado.

Esa ley natural es hoy en día una ley europea: el Reglamento General de Protección de Datos (el famoso RGPD), y el deber de los servidores públicos que velamos por su cumplimiento es invocar el imperio de la ley a nuestros reyes contemporáneos, es decir, a las grandes corporaciones tecnológicas que quieren recolectar y monetizar al máximo los datos personales de nuestros ciudadanos. No hay más que fijarse en Meta, la compañía propietaria de Facebook, WhatsApp e Instagram, que en el año 2022 registró unos beneficios de 18.547 millones de dólares, en gran parte obtenidos gracias a su actividad de perfilado de usuarios y a través de la publicidad personalizada.

La economía digital en la que vivimos se asienta sobre el tratamiento de muchos datos personales, sobre esto no hay nada que objetar, pero la dificultad estriba en que muchos de los programas informáticos que procesan nuestros datos (por ejemplo, muchas de las aplicaciones instaladas en nuestros teléfonos móviles) fueron diseñadas con el propósito primordial de generar ingresos para sus dueños (a menudo situados fuera de las fronteras de la Unión Europea) y sin prestar la debida atención al impacto que pudieran tener sobre sus usuarios.

Esto es, por ejemplo, lo que la Agencia Española de Protección de Datos (AEPD) y UNICEF han denunciado en su reciente campaña "Más que un móvil", en la que ofrecen a los padres "la guía que no viene con el móvil" para que puedan proteger mejor a sus hijos de los riesgos de internet.

El año 2009, como colofón a una gratísima estancia como profesor visitante en la prestigiosa Universidad de Duke, en Carolina del Norte (Estados Unidos), publiqué un libro divulgativo titulado Lo que hacen tus hijos en internet: una guía para padres (RBA). Trece años más tarde, siento mucho decir que nuestros niños y adolescentes siguen estando igual de desprotegidos que entonces (o incluso peor). Según registros del INE, un 68,7 % de los niños entre 10 y 15 años, esto es, tres de cada cinco adolescentes, tiene un teléfono a través del que accede a internet. En un informe de 2020, Save the Children ya alertaba de que el 68,2% de adolescentes ve pornografía con frecuencia en webs gratuitas a las que acceden con su móvil y en la intimidad. Son, estos menores, carne de cookies a merced del algoritmo de recomendaciones aleatorias.

Mi colega Nelson Remolina, brillante director de la agencia de protección de datos colombiana hasta hace muy poco y profesor universitario, suele decir que en internet no tenemos bases de datos sino basureros de datos, y la verdad es que no le falta razón. Yo ya he perdido la cuenta de las veces que he visto mis cuentas hackeadas o de las notificaciones que he recibido informándome de que mis datos personales habían resultado comprometidos en alguna fuga de datos, pero la web havebeenpwned.com sí que registra ya 12 billones de cuentas que han sido filtradas. Y eso por no mencionar los habituales intentos de phishing y otras lindezas parecidas que aparecen todos los días con total impunidad en mi buzón de correo electrónico del Supervisor Europeo de Protección de Datos.

¿Es este el internet con el que se supone que la humanidad va a dar el salto a escenarios de realidad virtual e inteligencia artificial? Mucho me temo que, entre la avaricia de unos pocos y la desidia de

muchos, más que dar un salto vamos a dar un buen tropezón. Y esto no es buena noticia para nadie, pues además de los daños colaterales que vamos a sufrir todos los ciudadanos en mayor o menor medida, estaremos arruinando torpemente lo que podrían ser muy buenas oportunidades de negocio y de progreso tecnológico en general.

Nuestros líderes políticos y empresariales parecen incapaces de ver al elefante en la habitación, pues de otra manera no se explica que sigan permitiendo tanto despropósito, incluidos los fallecimientos de niños y adolescentes a causa de algún estúpido desafío promovido por un algoritmo inhumano de una red social. Además de la codicia y las dificultades para concertar acciones a nivel internacional, la razón de base de esta flagrante inactividad es la fascinación que sentimos todos los humanos hacia la tecnología. Piensen si no en el efecto que produce en todos nosotros la contemplación de un simple fuego, una innovación tecnológica cuya fascinación ha quedado grabada en lo más profundo de nuestro ADN como homo sapiens.

Es esta fascinación ancestral por la tecnología, que se comprende pues hasta cierto punto está ligada a nuestra propia supervivencia como especie, la que, en última instancia, explica que no veamos (o que no queramos ver) los problemas asociados con un mal uso de la tecnología. Así, por ejemplo, vemos a las redes sociales como herramientas simpáticas (y gratuitas) que nos permiten reencontrarnos con un amigo de la infancia al que creíamos perdido para siempre, pero nos cuesta ver que esas mismas redes sociales se están usando como armas de mentira masiva para provocar una polarización de nuestra política contemporánea que sería impensable hace muy pocos años. No en vano, Donald Trump y Joe Biden invirtieron, respectivamente, entre enero y noviembre de 2020, 93 millones de dólares en publicidad en Facebook e Instagram, según recoge el Proyecto Illuminating 2020 de la Universidad de Syracuse. De aquellos polvos, estos lodos.

Por eso, yo creo que ha llegado la hora de que admitamos que tenemos un serio problema y que debemos actuar con cierta urgencia porque le estamos fallando a nuestros ciudadanos. Necesitamos actores empoderados, a ser posible a nivel europeo, que sean capaces de hacer valer el imperio de la ley frente a nuestros reyes contemporáneos y, si llega el caso, también frente al director ejecutivo de una corporación tecnológica de capital chino.

Mar España, la directora de la Agencia Española de Protección de Datos (AEPD), ha reclamado en sede parlamentaria que el personal y los recursos de los que dispone su organismo no se corresponden ni de lejos con el aumento de la carga de trabajo y la complejidad de las reclamaciones recibidas. El Comité Europeo de Protección de Datos, por su parte, ha denunciado también frente a la Comisión Europea que la mayoría de las autoridades nacionales de protección de datos carecen de los medios suficientes para cumplir debidamente su función. ¿Cómo podremos entonces plantar cara al rey y conseguir los cambios que tanto necesitamos?

Al mismo tiempo, los profesionales de la protección de datos en España y en la Unión Europea debemos hacer un serio ejercicio de autocritica. Necesitamos una protección de datos más moderna, más pragmática, firme en la defensa de sus principios rectores, pero flexible en su aplicación a la realidad. Debemos explicar a nuestros ciudadanos, mucho mejor de como lo hemos venido haciendo hasta ahora, por qué la protección de datos es tan importante para la sostenibilidad de nuestras economías digitales y tan necesaria para la salud de nuestras instituciones democráticas (para entendernos, casi tan importante como las cortinillas que se instalan en los colegios electorales).

En fin, si usted, amable lector, ha llegado hasta el final de esta humilde columna, quizás se esté preguntando qué es lo que le pasó a ese rector tan valiente que se atrevió a plantarle cara al rey.

LEONARDO CERVERA NAVAS

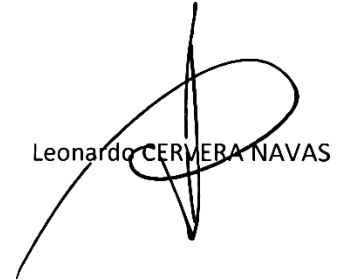
28 January 2023

Elmundo.es

MNDES

© Unidad Editorial Información General S.L.U.

Le agradecerá saber que no le pasó nada, pues Felipe II, que era un monarca bastante más inteligente que la imagen peyorativa que la leyenda negra proyectó tan injustamente sobre él, acató su decisión.



Leonardo CERVERA NAVAS